

Así le contestó: «Si él es tu señor y tú su siervo él querrá probar lo que yo le diga; si sale vencedor será su esposa, mas si una sola vez lo venzo, os costará la vida á todos.»

Así dijo Hagen de Troneja: «Permitid, reina, que presenciemos esas pruebas. Menester es que sean muy rudas para que Gunter, mi señor, quede derrotado; al contrario, confía conseguir á tan hermosa reina.»

«Debe arrojar la piedra, luchar después y esgrimir la lanza conmigo; no os precipitéis, pues pudiera suceder que aquí perdierais el honor y la vida; pensadlo bien.» Así respondió la hermosa mujer.

Sigfrido el atrevido se adelantó hacia el rey y le suplicó le permitiera decir á la reina cuales eran sus deseos. «Yo os preservaré de todo con mis mañas; no temáis nada.»

El rey Gunter, dijo: «Elevada princesa, disponed lo que queráis: por vuestro hermoso cuerpo lo haré todo y aún más si son vuestros deseos. O perderé la vida ó seréis mi esposa.»

Al escuchar estas palabras, la reina mandó disponer las pruebas como se tenía por costumbre. Se hizo traer su armadura de combate, una coraza de oro y un buen escudo.

La hermosa se ciñó una cota de armas de seda, que en ningún combate había podido ser mellada por la espada: era un tejido de la Libia muy bien hecho, adornado con dibujos primorosos.

Sin embargo de que ante los guerreros manifestaban gran orgullo, Dankwart y Hagen estaban poco tranquilos. Su espíritu se agitaba temiendo por su señor, y se decían: «De este viaje no saldrá nada bueno para los guerreros.»

Entretanto, Sigfrido, el astuto joven, sin que nadie lo viera, había vuelto á la embarcación para traerse la Tarnkappa que dejara oculta allí; penetró cautelosamente en la barca, así nadie lo vió.

Dióse prisa en volver y vió á un gran número de guerreros: la reina venía entre ellos para preparar las pruebas. Se adelantó haciéndose invisible y ninguno de ellos pudo verlo gracias á su artificio.

Se trazó el sitio en que las pruebas debían celebrarse,

ante un gran número de guerreros. Eran mas de setecientos bien armados y ellos estaban encargados de decidir en justicia á quién pertenecía la victoria.

Hé aquí que se acerca Brunequilda, armada como si fuera á combatir por los dominios de un rey. Sobre sus vestidos de seda, trae muchas láminas de oro. Su belleza seductora deslumbra bajo aquel traje.

Después vienen los de su acompañamiento, que le traen un escudo de oro, grande y ancho recamado de placas de templado acero, con el cual ha de combatir la joven digna de amor.

Las abrazaderas de aquel escudo, eran de un riquísimo tejido en el que lucían piedras preciosas, verdes como la yerba; brillaban refulgentemente entre el oro en que estaban engarzadas. Muy bravo tenía que ser el que agrada á la joven aquella.

Aquel escudo de acero y oro con que la reina debía combatir, tenía, según nos han dicho, el grueso de tres hojas por la parte de las hebillas, y con gran trabajo podían conducirlo cuatro de sus camareros.

Cuando el fuerte Hagen vió el escudo que traían, gritó con gran cólera el de Troneja: «¿Ves ahora, rey Gunter? Aquí dejaremos nuestra vida y nuestro cuerpo. La que pretendéis por amor, es una mujer de los demonios.»

Sabed aún más acerca de sus vestidos; eran magníficos. La cota de armas que llevaba era de seda de Azaganga muy noble y rica. Muchas piedras deslumbradoras iluminaban á la reina con sus reflejos.

Trajeron á la hermosa una lanza pesada y larga, muy fuerte y cuyos filos cortaban de una manera horrible. Era la misma de que siempre se servía.

Sabed las maravillas que se cuentan del peso de aquella lanza: había sido forjada con cuatro enormes mazas de hierro. Apenas si podían con ella tres guerreros de Brunequilda. El noble Gunter comenzó á experimentar algún cuidado.

Pensaba en su interior: «¿Qué va á suceder aquí? ¿El diablo del infierno sostendría esta lucha? Que pueda regresar al Rhin con vida y por mucho tiempo se verá libre de mi amor.»



Sabedlo bien; su temor era grande. Trajéronle todas sus armas y quedó bien preparado el rey poderoso. La inquietud había hecho perder á Hagen toda su presencia de espíritu.

Así habló el hermano de Hagen, el fuerte Dankwart: «Me arrepiento con toda mi alma de haber venido á esta corte. ¡Nos llamaban héroes! ¡Aquí debemos perder la vida! ¿Una mujer nos hará perecer en este país?»

«Gran dolor me causa haber venido á esta región. Si mi hermano Hagen tuviera sus armas y yo las mías, la fiereza de todos los hombres de Brunequilda, se rebajaría un tanto.

«Por mi fé os lo juro, muchos se jactan de su arrogancia. Aun cuando mil veces hubiera jurado sostener la paz, antes que dejar perecer á mi amado jefe, la hermosa virgen perdería la vida.»

«En verdad que marcharíamos libremente de este país, dijo su hermano Hagen, si tuviéramos nuestras espadas; sabríamos contener la arrogancia de la bella mujer.»

La hermosa comprendió lo que decía y mirándolo por encima del hombro, dijo sonriendo: «Por cuanto tan fuertes se creen, que les traigan sus armaduras, que pongan en manos de esos héroes sus afiladas espadas.»

«Para mí es igual que estén armados, como que estuvieran completamente desnudos», dijo la hija del rey. «Yo no temo la fuerza de ninguno de aquellos á quien conozco: puedo muy bien combatir contra cualquier rey que sea.»

Quando tuvieron las espadas, según las órdenes de la jóven, Dankwart se puso rojo de alegría. «Ahora esgrimid como queráis», dijo el esforzado héroe, «Gunter es invencible: nosotros tenemos nuestras espadas.»

La fuerza de Brunequilda se manifestó de una manera terrible: le trajeron al círculo una pesada piedra grande, redonda y enorme. La traían entre doce guerreros fuertes y atrevidos.

Tenía por costumbre arrojarla después de haber manejado la lanza. La inquietud de los Borgoñones se hizo mayor. «¿Pero qué es lo que el rey pretende?» exclamó

Hagen con ira: «Así sea en los infiernos la novia del maldecido demonio.»

Se ajustó la manopla á sus blancos brazos, embrazó el escudo con una mano y levantó la javelina en la otra. Gunter y Sigfrido temían ya el furor de Brunequilda.

Y si Sigfrido no hubiera acudido en ayuda del rey, le hubiera arrancado la vida. Se aproximó invisible y le tocó la mano; Gunter se apercibió de su astucia con gran inquietud.

«¿Quién me ha tocado?» pensó el atrevido hombre, y mirando á su alrededor, no vió á nadie. Le dijo: «Soy yo, Sigfrido, tu fiel amigo, «no tengas temor ninguno por la reina.»

«Abandona de tus manos el escudo, déjame lo coger á mí, pon gran atención á todo lo que yo diga: tú haz los ademanes, yo haré el trabajo.» Cuando lo reconoció tuvo un gran placer.

«Disimula mi astucia, esto será bueno para los dos: así la joven reina no ejercerá su soberbia sobre tí, como es su intención. Mira ahora como está preparada contra tí en el extremo del círculo.»

Esgrimió con gran fuerza la valerosa joven la lanza contra el nuevo y brillante escudo que llevaba en el brazo el hijo de Sigelinda. El fuego brotaba del acero como si hubiera soplado el huracán.

La fuerte punta de la espada atravesó el escudo y se vió salir chispas de los anillos de la cota. Del fuerte golpe cayeron los héroes: sin la Tarnkappa los dos hubieran muerto.

El fuerte Sigfrido echó sangre por la boca: pero el buen caballero se levantó rápido, cogió la javelina que le había arrojado ella, y con segura mano, la esgrimió á su vez.

Él se dijo: «Yo no quiero matar á la hermosa virgen.» Volvió el filo de la javelina hacia atrás y lo arrojó por el puño con tanta fuerza que la hizo tambalear.

Brotaba el fuego de la coraza como si lo hubiera soplado el viento. Con tanto vigor se había lanzado el hijo de Sigelinda, que ella á pesar de su fuerza, no pudo resistir el golpe; semejante cosa no la hubiera hecho nunca el rey Gunter.



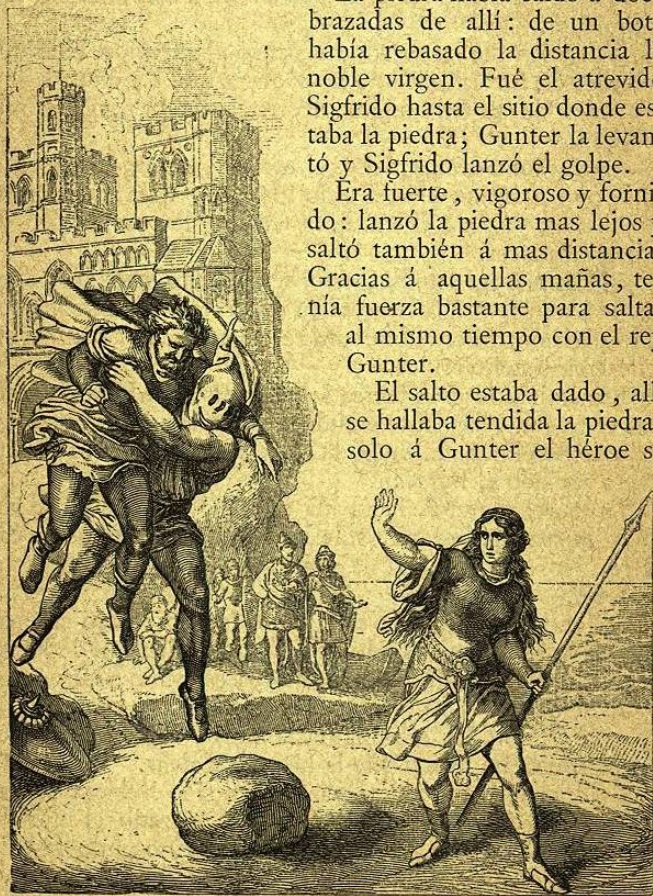
La hermosa Brunequilda, se levantó inmediatamente: « ¡Gunter, noble caballero, gracias por este golpe! » Creía ella que la había vencido con sus fuerzas: no, un hombre más fuerte la había derrotado.

Se adelantó enseguida llena de furor, levantó la piedra la noble y buena joven: lanzóla con gran vigor lejos de sí, dió un salto y su armadura crujió con fuerza.

La piedra había caído á doce brazadas de allí: de un bote había rebasado la distancia la noble virgen. Fué el atrevido Sigfrido hasta el sitio donde estaba la piedra; Gunter la levantó y Sigfrido lanzó el golpe.

Era fuerte, vigoroso y fornido: lanzó la piedra más lejos y saltó también á más distancia. Gracias á aquellas mañas, tenía fuerza bastante para saltar al mismo tiempo con el rey Gunter.

El salto estaba dado, allí se hallaba tendida la piedra; solo á Gunter el héroe se



había visto. La hermosa Brunequilda se puso roja de furor; Sigfrido había salvado al rey Gunter de la muerte.

La reina dijo á los de su acompañamiento cuando vió al héroe fuera de peligro al otro extremo del círculo. « Aquí, mis parientes y guerreros, es menester que todos os sometáis al rey Gunter. »

Aquellos bravos abandonaron sus armas, y muchos vigorosos hombres se pusieron á los piés de Gunter rey del país de Borgoña: ellos creían que había justado con sus propias fuerzas.

Los saludó cariñosamente, pues tenía muy buenas prendas. La hermosa digna de alabanza, lo tomó de la mano y le concedió poder sobre su reino. Los guerreros fuertes é impetuosos se alegraron.

Ella rogó al noble caballero, que la acompañara al magnífico salón, donde fueron servidos los guerreros. El fuerte Sigfrido lo había preservado de la desgracia.

Sigfrido el atrevido era prudente y se apresuró á ocultar la Tarnkappa. Después volvió al salón donde se hallaban muchas mujeres: dijo al rey con fingimiento:

« ¿Qué es lo que esperáis, señor rey, que no comenzáis las numerosas pruebas que la reina os ha propuesto? Dejádnos ver como las realizáis. » El astuto héroe simulaba no haber visto nada.

Así habló la joven reina: « ¿Cómo es que nada de las pruebas que el rey Gunter ha realizado aquí con su propio valor lo ha visto el señor Sigfrido? » A esto respondió Hagen del país de Borgoña.

« Mientras que nos asombrabais con vuestro valor y el jefe del Rhin vencía en la lid, el buen héroe Sigfrido estaba en la barca; por esto no ha visto nada, » así dijo el que iba con Gunter.

« Es para mí una buena noticia, » dijo el noble Sigfrido « que nuestro viaje haya tenido tan buen éxito y que hayáis encontrado vencedor. Ahora, noble joven, nos seguiréis al Rhin. »

Así respondió la hermosa. « No puede ser tan pronto. Es menester llamar á mis parientes y á mis hombres: no puedo dejar mi país tan repentinamente, es menester que antes advierta á mis fieles amigos. »



Envió mensajeros por todas partes : estos advirtieron á sus parientes y amigos que fueran pronto á Isenstein ; á cada uno dió ricos y magníficos trajes.

Caminaron día y noche hacia la ciudad de Brunequilda, « pero que hacemos » dijo Hagen ; « mal obramos esperando aquí á la gente de Brunequilda.. »

« Si llegan á esta tierra por la fuerza , no sabemos los designios de la reina : ¿ volverá su cólera ? entonces estamos perdidos , y esta noble joven ha nacido para causarnos grandes sobresaltos. »

El fuerte Sigfrido dijo : « No lo sufriré en manera alguna. Nunca sucederá lo que teméis. Yo traeré en vuestra ayuda á este país guerreros cuya destreza os es desconocida.

« Nada pediréis cuando me haya marchado , quiero ir muy lejos ; Dios guardará vuestro honor entre tanto. Quiero traer mil hombres , los mejores héroes que nunca hayáis visto. »

« No estéis ausente mucho tiempo, » le dijo el rey « pues sin vuestra ayuda , no conseguiremos nada. » Le respondió. « Estaré de vuelta dentro de muy pocos días. Decid á la reina que me habéis enviado con una embajada. »

### VIII.

DE COMO SIGFRIDO SE DIRIGIÓ EN BUSCA DE LOS NIBELUNGOS.

**I**NMEDIATAMENTE después, Sigfrido, llevando siempre su Tarnkappa, se dirigió por la playa hacia el puerto en que se encontraba la barca. Penetró en ella invisible para todos, el hijo de Sigemundo. Después se alejó rápido como el viento.

Nadie veía quien era el que conducía la barca : la embarcación se alejaba rápida, pues la fuerza de Sigfrido era grande. Hubiera podido creerse que la impulsaba un fuerte viento, pero solo la llevaba Sigfrido el hijo de la hermosa Sigelinda.

En un día y una noche llegó á un poderoso reino que tenía cien marcas, y aun más extensión, el cual se llamaba el país de los Nibelungos ; allí era donde tenían su cuantioso tesoro.

El héroe llegó solo á una gran isla. Pronto amarró su barca el buen caballero y enseguida se dirigió á una montaña cerca de la que había una ciudad en la que buscó asilo, como suelen hacer los rendidos por la fatiga del camino.

Llegó ante las puertas que estaban cerradas : defendían su honor como aun sucede en nuestro país. El hombre desconocido comenzó á dar golpes en ellas : todo estaba prevenido ; en el interior había gente.

Un gigante que con sus armas siempre dispuestas guardaba la ciudad, le dijo : « ¿ Quién es el que tan fuertemente llama á las puertas ? El arrogante Sigfrido fingiendo la voz, le dijo :

« Soy un guerrero ; ábreme la puerta , pues de lo contrario alguno que prefiere á todo el dulce reposo y su comodidad, tendrá que sentir mi cólera. » La respuesta dada por Sigfrido irritó al guardian.

El gigantesco guerrero se vistió su armadura y se puso el casco en la cabeza ; el hombre fuerte cogió su escudo y abrió la puerta lanzándose furioso sobre Sigfrido.

« ¿ Quién se ha atrevido á despertar á tantos esforzados hombres ? » Su mano daba fortísimos golpes. El noble extranjero comenzó á defenderse, pero tal hizo el portero que le rompió la cota de mallas

Con una barra de hierro : el héroe estaba en peligro. El héroe temía la espantosa muerte, pues el guardian de la puerta golpeaba con violencia. Sin embargo, el héroe Sigfrido estaba satisfecho.

Combatieron con tanto extrépito que toda la ciudad se alarmó llegando el ruido hasta el salón del rey de los Ni-